

ROQUE GONZÁLEZ GARZA Y EL CONVENCIONISMO

GONZÁLEZ GARZA CUENTA CÓMO RESCATÓ A OBREGÓN

VILLA TIENE UN ARREGLO CON OBREGÓN

El prisionero ofreció al jefe de la División de Norte intervenir en su favor ante el Primer Jefe del constitucionalismo

CAPÍTULO IV

Cuando el coronel Roque González Garza entró por segunda vez a la sala, descubrió un ambiente distinto.

El general Francisco Villa platicaba animadamente con el general Obregón, mientras que Raúl Madero parecía tranquilo.

—*Bueno, general, ¿y qué es lo que usted me ofrece?* —decía Villa cuando entró González Garza.

—*Insisto, general, que este conflicto puede ser solucionado con buena voluntad. Iré a la capital y le reclamaré a Carranza, en primer lugar, que me haya colocado*

El convencionismo

en una situación peligrosa, dando esa orden imprudente para que cortaran la vía; enseguida, a exigirle el cumplimiento de su promesa para que los generales de la División del Norte asistan a la junta convocada en la Ciudad de México –respondió Obregón.

—*Sí, porque eso es lo que queremos, general. No queremos más guerras, por el bien de la patria; todos queremos la paz. Eso es lo que siempre diré yo...* –expuso el guerrillero.

El general Villa continuó discutiendo, ya en tono amigable, con Obregón, hasta que, inesperadamente, dio una media vuelta y salió de la pieza.

Obregón, Madero y González Garza quedaron sorprendidos de la actitud del jefe de la División de Norte. No había dado una resolución; pero había iniciado el propósito de su violenta salida; no había permitido que le vieran la última expresión del rostro; marchaba ocultando sus últimos pensamientos.

Los tres hombres habían quedado de pie, en el mismo lugar que estaban al retirarse Villa, mirándose el uno al otro, sin hablar una sola palabra.

Obregón, rompió el silencio.

—*Oiga, González Garza, yo le conocí hace varios años... Hizo usted un viaje a Sonora... Era entonces usted muy delgado...*

Y el general sonorense recordó, dando muestras de una memoria sorprendente, las veces que había visto a González Garza varios años atrás.

—*Tiene usted una memoria privilegiada, mi general* –comentó, asombrado, el coronel.

Obregón sonrió por vez primera. En un instante apareció el Álvaro Obregón optimista. Tenía en aquellos momentos la lucidez que viene después de la crisis: la lucidez que se aproxima a la muerte.

Reanimado, casi locuaz, aun sin conocer su destino, Obregón afirmó:

—*Sí; sí tengo buena memoria* –y dirigiéndose a Raúl Madero y a González Garza, añadió: *¿Quieren que les dé una prueba de mi buena memoria? ¿Tienen un papel y un lápiz a la mano?*

Hurgó Madero en sus bolsillos y, presentando ambas cosas, Obregón prosiguió:

—*Escriba usted 50 nombres propios, numerados del uno al cincuenta...*

Madero escribió los nombres, numerándolos como se le había indicado.

—*¿Está listo?* –preguntó Obregón, y al recibir respuesta afirmativa, agregó: *Ahora, léame la lista, dando, por supuesto, el número que corresponde a cada palabra.*

Raúl Madero leyó la lista. El general Obregón reía alegremente; era la relajación de los momentos terribles que había pasado; era también la indiferencia absoluta a lo que pudiera venir todavía.

Contó varios cuentos, algunos de verde subido, moceándose, extrañado, de que tanto Madero como González Garza no los festejaran tanto como él mismo.

Por fin, dijo:

—*A ver, Madero, ahora deme usted un número cualquiera de la lista que tiene, y yo le diré la palabra que le pertenece.*

Madero hizo la prueba, una, dos, muchas veces. El general contestaba sin vacilación alguna y con exactitud asombrosa. Y como veía que sus dos interlocutores estaban sorprendidos, comentaba siempre riendo:

—*Tengo buena memoria, se los decía. ¿Me he equivocado alguna vez?*

LA RESOLUCIÓN DE VILLA

No fue sino hasta que terminó la prueba cuando el general dio muestras de alguna inquietud. Recordó entonces cuál era su situación y con insistencia veía hacia la puerta por donde creía ver al general Villa o a la persona que le comunicara la resolución final del guerrillero.

En el patio de la casa continuaba el movimiento de tropas. De vez en cuando se escuchaba cómo los soldados cargaban sus armas o cortaban cartucho.

Obregón estaba sombrío. La alegría de un momento volvía a ser tristeza, incertidumbre. Sin embargo, no daba muestras de temor.

Pasó un ahora. En el comedor se acentuaban las voces de los oficiales que seguramente continuaban comentando con Fierro y Urbina la situación de Obregón.

Por fin, Villa apareció. Venía sonriente, afable, y sin dar tiempo a que las tres personas que le esperaban en la sala hicieran conjeturas, atropelladamente ordenó a González Garza:

—*Ande, coronel, vaya luego, para que el tren del general Obregón esté listo para la marcha.*

—*¿El tren de mi general Obregón?* —preguntó sorprendido el coronel.

—*Sí, sí; usted se va a llevar al general Obregón...* —confirmó Villa.

El convencionismo

González Garza salió rápidamente de la sala. Llegó hasta el *hall* donde se encontraban los oficiales del general Obregón y, llamando aparte al mayor Serrano, le dijo nervioso:

—*Mayor, corra usted a la estación, que alisten el tren de mi general Obregón; ordene usted que la escolta que trajeron se embarque; que los oficiales marchen a la estación y usted vuelva aquí lo más pronto posible.*

—*Pero...*

—*Nada, nada, Serrano* —interrumpió González Garza—, *que mi general Villa acaba de ordenarme que lleve al general hasta la Ciudad de México... Vaya usted corriendo a cumplir la orden.*

Todavía el mayor Serrano quiso conocer detalle, pero el coronel le ordenó que corriera a la estación para que el tren estuviera listo.

LA PARTIDA

Cuando González Garza volvió a la sala, el general Francisco Villa dictaba a su secretario la orden para que el tren a bordo del cual sería conducido el general Obregón hasta el campo carrancista, fuera a las órdenes directas del coronel Roque González Garza.

Cerca de las 11 de la noche salieron de la casa del jefe de la División de Norte, Obregón, Madero, Serrano y González Garza en un automóvil, dirigiéndose a la estación, donde ya el tren esperaba.

La locomotora, un carro de primera donde iba la escolta de Obregón y un *pullman* para el divisionario, los miembros de su Estado Mayor, y González Garza, formaban el convoy.

—*Conductor, necesitamos caminar con la mayor velocidad posible, deténgase sólo donde sea muy necesario* —ordenó el coronel.

Obregón, González Garza y dos o tres oficiales se sentaron en el pequeño salón fumador del *pullman*.

Desde el momento de subir al tren, había desaparecido el Obregón sereno, altivo; había acabado el macho, el que resignada y valientemente esperaba la muerte. Había aparecido un nuevo Obregón, nervioso, desconfiado. Es que empezaba a amar nuevamente la libertad, la vida: las dos nociones más grandes que posee el hombre, y que había perdido al sentirse en poder del enemigo.

Y el general sonorense no podía ocultar en aquellos momentos sus pensamientos; no podía ocultar que, ya en libertad, estaba dispuesto a defenderla. Ya se ponía de pie, ya se sentaba, ya se reclinaba en el asiento, ya se cambiaba de un lugar a otro. Hablaba muy poco, y casi siempre con sus oficiales.

GONZÁLEZ GARZA EN GRAVE SITUACIÓN

Cuando el tren se detenía, miraba inquietamente a través de la ventanilla; en una ocasión que el convoy hizo un alto de varios minutos, sonriendo escépticamente, no pudo detener su pensamiento y expresó a González Garza su idea de que aquel viaje fuera el viaje de la muerte, señalando al coronel como un instrumento de Villa para hacerlo bajar en algún punto y asesinarlo.

González Garza contestó enérgicamente a las sospechas del general, diciéndole:

—*General, no solamente siento que dude usted de mí, sino que también de mi general Villa. ¡Conoce usted muy poco al general Villa!*

Pero desde ese momento, la situación de González Garza fue terrible. Los oficiales del Estado Mayor de Obregón lo vigilaban estrechamente; todos estaban pendientes de sus movimientos, creyendo ver en él al futuro verdugo de su jefe.

En una estación, y como el convoy se detuviera varios minutos, el coronel, acompañado de varios oficiales, bajó a tierra para inquirir la causa de la detención, aprovechando el momento para comprar una botella de tequila.

—*¿Gusta usted, mi general?* —ofreció el coronel al general sonorense, cuando volvió al tren.

Obregón arrebató la botella de las manos de su salvador y vorazmente libó hasta la mitad.

El tren continuó su marcha; volaba por el desierto.

El general Obregón envió varias veces a sus oficiales para que estuvieran pendientes de los soldados de su escolta, para que nadie durmiera; para que todos, abrazados de su fusil, estuvieran listos a cualquier orden.

El convencionismo

UNA ORDEN EXTRAÑA

Cerca de las cinco de la mañana, hizo un nuevo alto en Corralitos. Los minutos corrían y el tren no se movía. González Garza bajó a la estación, preguntando al conductor la causa de la detención. El conductor llamó aparte al coronel, informándolo:

—*Mi coronel, el jefe de estación tiene un mensaje del señor general Villa, ordenándole que el tren sea devuelto inmediatamente para Chihuahua. La orden es terminante y tendremos que regresar.*

Violentemente, el coronel González Garza fue a poner en conocimiento de Obregón la extraña orden.

El general Obregón dio un salto, protestando:

—*¿No le dije, coronel, que todo esto no era más que una farsa de Villa? ¿No le dije que Villa no tenía palabra? ¡Pero no se verá conmigo nuevamente!*

Obregón dio órdenes a sus oficiales para que la escolta fuera echada pie a tierra y, dirigiéndose al coronel, agregó:

—*Ahora venderé muy cara mi vida... Con estos cuantos hombres llegaré a Sinaloa o a la frontera de los Estados Unidos.*

—*General, la empresa es difícil; no llegaría usted con vida ni a la frontera ni a Sinaloa. Las fuerzas de la División de Norte tienen dominada toda esta región...*

—*¡Pero moriremos combatiendo, coronel!* —añadió con valor el general sonorense.

Y bajó del tren para dar órdenes a su escolta.

González Garza quedó solo en el fumador y no encontró más recurso que escribir telegramas dirigidos a Villa y a otros generales de la división, pidiéndoles que se cumpliera la orden de llevar a Obregón hasta el campo carrancista. Escribía el coronel los mensajes, cuando apareció en el fumador el capital Robinson, quien, amartillando la pistola, la puso a la altura de la cabeza de González Garza.

Pero en los momentos que iba a disparar, Robinson vio seguramente uno de los mensajes y, tomándolos todos, desapareció.

González Garza pudo escuchar cómo el capitán decía al general Obregón:

—*Mi general, no lo he matado porque mire usted...* —y mostró los mensajes.

Violentemente, bajó del carro el coronel y reclamó a Obregón:

—*Mi general, lo que pretenden hacer conmigo es una felonía, porque todo lo que he querido y quiero es que usted llegue salvo a la Ciudad de México... Permítame*

usted ponerme en contacto con mi general Villa y con los generales de la División de Norte, y después dé sus órdenes. Tengo la seguridad de que lograré convencer al general Villa de que continuemos la marcha.

Accedió Obregón y el coronel se dirigió al telégrafo. Una hora después llegó la orden del jefe de la División del Norte: el convoy podía continuar la marcha. El general Obregón, emocionado, dio un abrazo a su salvador y sacando de una pequeña maleta su retrato se lo obsequió a González Garza con una expresiva dedicatoria: “Gratitud para mi querido compañero y amigo, coronel Roque González Garza. Corralitos, septiembre 24 de 1914, Gral. Álvaro Obregón.”

TOMÁS URBINA QUISO APODERARSE DE ÁLVARO OBREGÓN

Siguió corriendo el tren hacia Torrcón. Obregón y sus ayudantes viajaban ya llenos de optimismo. Al llegar a Gómez Palacio, los viajeros observaron gran movimiento de tropas en la estación.

Apenas se detuvo en tren, el general Almanza, seguido de los miembros de su Estado mayor, subió al *pullman*. Almanza, haciendo esfuerzos por sonreír, le tendió la mano a Obregón diciéndole:

—*Mi general, tengo el gusto de saludarlo en mi nombre y en el de mi general Urbina, quien hace unas cuantas horas acaba de llegar de Chihuahua.*

El general dio las gracias, confundido, y Almanza, continuó:

—*Y mi general Urbina lo invita para que se detenga unas cuantas horas en Lerdo y tener el honor de comer con usted.*

—*Muchas gracias* —contestó, amable, el invitado, añadiendo—: *Pero diga usted al señor general Urbina, que siento mucho no poder aceptar su invitación, porque tengo urgencia de estar a la mayor brevedad posible en la Ciudad de México.*

—*Pero general* —arguyó Almanza—, *si sólo perderá aquí unas cuantas horas y no creo que por unas cuantas horas que pierda, vaya a privar a mi general Urbina del gusto de comer con usted.*

—*Lo siento, general, pero diga usted al señor general Urbina que no creo que esta sea la última oportunidad que tengamos de sentarnos juntos a la mesa.*

Almanza insistió y, como Obregón no accediera, por fin dijo:

—*General, tengo entonces, la pena de decirle que traigo órdenes de llevarlo a usted por las buenas o por las malas, así que es usted mi prisionero.*

El convencionismo

El general Obregón palideció intensamente. Los acompañantes de Almanza amenazaron a los ayudantes de Obregón, mientras que la escolta del jefe villista rodeaba el convoy.

INTERVIENE GONZÁLEZ GARZA

—*General, debo informar a usted que tengo órdenes de mi general Villa de conducir al general Obregón, a salvo, hasta la Ciudad de México* –intervino enérgicamente el coronel Roque González Garza.

—*Las órdenes que he recibido de mi general Urbina son terminantes* –confirmó Almanza.

—*General, antes de que cumpla las órdenes de mi general Urbina, permítame comunicarme por telégrafo con mi general Villa* –pidió González Garza.

El aprehensor aceptó, y el coronel se dirigió corriendo a la estación y en los momentos que escribía el mensaje para el jefe de la División de Norte tuvo una idea luminosa. Tomó el teléfono y llamó a Torreón a los generales José Isabel Robles y Eugenio Aguirre Benavides.

—*Dentro de unos cuantos minutos estaremos en Gómez Palacio el general Aguirre Benavides y yo* –contestó Robles, al quedar informado de los hechos.

Y quince minutos después, dos trenes que estaban casualmente en Torreón, listos para salir al sur llenos de soldados, entraron paralelamente al patio de la estación de Gómez Palacio, quedando entre uno y otro tren el convoy del general Obregón.

En los trenes recién llegados, y escoltados por cerca de tres mil hombres, llegaron los generales Robles y Aguirre Benavides, quienes violentamente entraron al *pullman* de Obregón, y aparentando ignorarlo todo se dirigieron al general sonoreense:

—*Compañero, ¡qué gusto de verle aquí!* –le dijo Robles–.

—*¿Va usted a la Ciudad de México?* –preguntó Aguirre Benavides.

—*Mis fuerzas marchan en este momento al sur. ¿No quiere usted venirse a mi carro?* –invitó cortésmente Robles.

Almanza estaba sorprendido. No decía una sola palabra. Obregón, aprovechando el momento, le tendió la mano, diciéndole:

—*General, he tenido mucho gusto en saludarle; le ruego me disculpe con el general Urbina, porque en estos momentos prosigo mi viaje al sur.*

Y de nuevo, el tren del general Obregón, escoltado por los miles de soldados de Robles y de Aguirre Benavides, continuó la marcha.

POR FIN, A SALVO

Tras de una breve detención en Torreón, Obregón prosiguió en su tren, solamente acompañado por González Garza, quedando en la Perla de La Laguna Robles y Aguirre Benavides.

Desde el momento de salir de Torreón, el general sonorense estuvo más comunicativo. Habló con González Garza sobre la necesidad de insistir cerca de todos los grupos revolucionarios para lograr la unión. Había desaparecido en él todo el aspecto de la desconfianza. Sin embargo, no podía ocultar el desco de salir cuanto antes del territorio dominado por las fuerzas de la División de Norte, y cuando el conductor del tren anunció que estaban ya en la estación La Colorada —lugar hasta donde llegaba la vanguardia villista—, el general bajó de su carro para observar las últimas maniobras, a fin de que su convoy pudiera continuar el viaje. Cuando fue advertido de que el tren podía seguir adelante, dio un fuerte abrazo a González Garza, diciéndole:

—*Coronel, tenga usted la seguridad de que continuaré luchando por la unión de todos los revolucionarios llevando la firme creencia de que la División de Norte tiene la razón.*

González Garza permaneció en la estación de La Colorada viendo cómo se alejaba el tren de Obregón hasta que, perdiéndolo de vista, se hizo cargo de la vanguardia de la División del Norte. Tres horas después enviaba un parlamentario con la bandera blanca hasta la línea de las fuerzas del general Pánfilo Natera, pidiendo a éste que definiera su actitud, ya que tenía órdenes del general Villa de avanzar sobre Zacatecas.

La respuesta de Natera no se hizo esperar: las fuerzas que se consideraban enemigas se ponían a las órdenes de Villa. Y esa misma noche la extrema vanguardia de los villistas quedaba establecida en Zacatecas.

(Continuará el próximo domingo)

Segunda sección de *La Prensa*, San Antonio, Texas, domingo 4 de septiembre de 1932, año xx, núm. 305, pp. 1-2.